

**Conferencia: Homenaje a Joaquín V. González.**  
**LA HISTORIA COMO HERRAMIENTA DE LA FORMACIÓN  
DE LA CONCIENCIA NACIONAL. LAS IDEAS HISTÓRICAS  
DE JOAQUÍN VÍCTOR GONZÁLEZ**

**Fernando Enrique Barba**

---

*Academia Nacional de la Historia.  
Instituto de Historia Argentina - UNLP*

Aparte de las razones circunstanciales por las que hoy recordamos al ilustre riojano, hay otras más profundas, ya que su figura se señala a la consideración de los estudiosos por muy variados motivos. Su vasta y casi unánimemente aplaudida obra como político ha acuñado una imagen que será muy difícil desdibujar. Se ha impuesto, y en tal manera, que los perfiles rotundos de su personalidad como hombre público superan y empalidecen su dilatada obra de publicista. Si aún goza, en éste último aspecto, de muy merecido prestigio, casi me atrevería a afirmar que ello se debe, más que a lo que se lo ha estudiado, a lo mucho que se lo ignora. Goza así, de una celebridad instintiva, casi supersticiosa. Cuando la crítica serena se detenga reflexiva ante la ingente obra de González ¿ganará esta en consideración o sufrirá mengua? Reducidas sus obras completas a sus justas limitaciones, cuando la atención reflexiva y desapasionada se detenga a considerar sus ideas fundamentales, se advertirá que en lo profundo del pensamiento de González late un profundo amor por lo argentino. Sus ideas, dispersas a lo largo de su obra, mostrarán su vigencia. ¿A qué se debe esto? A su carácter eminentemente universal, al que llega a través de lo nacional. Todos los argentinos, en alguna manera, se hallan reflejados en el pensamiento de González, todos se sienten tocados por él cuando, dejando de un lado las ideas importadas, pone su acento en lo nacional. Esta autenticidad encuentra su cauce natural en la conciencia nativa y su ideario, sometido a rigor crítico, puede que limite el campo de estudio al quedar en el cedazo residuos desdeñables, dilatando, en cambio, la zona de gravitación. Sin duda, muchas páginas pasarán al olvido pero las que perduren seguirán trascendentes y palpitantes en la conciencia nacional que las harán suyas.

Con lo que acabamos de expresar, es casi natural realizar una nueva pregunta cual es ¿fue González un historiador?, para pasar a mostrar, hasta qué punto, sus



afirmaciones tienen validez. Sin ser un historiador en el sentido profesional del término puede asegurarse, sin embargo, que toda su obra alienta una preocupación histórica. Todo el pasado argentino, en sus instantes más nobles, en sus quiebros fugitivos o en aquellos sesgos cercanos a la frustración se agitan en la obra de González confiriendo a sus escritos un indiscutible sabor nacional. La historia viene a ser de esta manera, el instrumento vital que conforma nuestro ser nacional en sus más auténticas dimensiones. Y la herramienta que conduce al artesano a realizar su obra maestra, la historia, viene a ser así, en manos de González, el elemento que dejará trazada nuestra constitución social.

Va de suyo que la elección de la herramienta no es, en este caso, tarea fácil, pues era necesario hacer la propia herramienta. Y a ello se entregó empeñadamente derramando su fervor en las disciplinas históricas, políticas y sociales. La generación a la que perteneció -como todas las que en nuestro país han dejado el recuerdo de su paso- creyó que todo estaba por hacerse. Si ello resta continuidad histórica y dificulta necesariamente la sedimentación de ideas que configuran los pisos culturales cimentadores de la nacionalidad, otorga, en cambio a los miembros de la generación, la audacia sin precedentes en el planteamiento de los problemas vitales de la patria que los lleva a una visión más optimista del futuro, irradiando un hasta entonces desusado afecto por lo nuestro. Y esto en algunos matices tan imponderables, lo "nuestro" parece haber sido descubierto por esta generación en la que González militó.

Provisto de un bagaje cultural, en el que los clásicos y los modernos armonizaban, los primeros dejaron en él huella perenne en la serenidad de su espíritu, en el cuidado de la proporción y en el sentido del equilibrio. Los segundos, en momentos en que la ciencia había hecho impacto y dominaba la filosofía positiva, le infundieron el amor a la investigación con rigor metodológico y el análisis crítico en busca del rasgo distintivo de nuestra constitución social. Comte, Spencer y Taine, por no citar más que nombres señeros, animan muchas de sus páginas más vibrantes. El espíritu positivista aletea en sus escritos, en los que los dos primeros dejan en el cedazo residuos de agria severidad científica, suavizada por la gracia y optimismo del último. Y así, tras la árida e inevitable erudición, campea la prosa tersa e insinuante de quién dijo páginas inolvidables transidas de emoción. González es, en cierto sentido, la síntesis armoniosa de antinomias que supo reducir magistralmente. Supo conjugar la verdad científica expresándola bellamente, admirador de culturas orientales y hasta casi un profeso, supo conjurar su influencia enervadora; hombre de partido no supo de concesiones complacientes para los

de su facción y fue prudente en la crítica para con sus adversarios; dominado por la ley del progreso, defendió las esencias tradicionales de nuestra historia.

Su obra es de alta jerarquía histórica. Su obra no tiene intención histórica y no encontramos en sus escritos, salvo tal vez en *El juicio del siglo*, un estudio cuya finalidad sea otra que la historia misma. Encontramos, a lo sumo, esbozos, alusiones circunstanciales, retratos, bocetos. La historia académicamente concebida, menudamente expuesta, la historia pura, casi aséptica, diríamos, casi no le interesa. La historia es un instrumento y como tal debe manejarlo. Se trata, nada menos, que de crear una conciencia nacional, una conciencia argentina. La historia será un instrumento. Pero será menester conocer la historia puesto que sin este conocimiento –primera muestra de su pragmatismo- será imposible la tarea del codificador, del legislador. “¿Cómo atinará la ley, se preguntaba, para fijar su espíritu general, ese espíritu que, a la vez que armonice con el estado de nuestra cultura actual, abra una ruta segura para el progreso de la misma, sin el peligro de encontrarnos más tarde con el duro caso de volver a modificar o cambiar las leyes para alcanzar a una cultura que las ha dejado detrás?”. Estas preguntas las formulaba en un trabajo juvenil, *Estudio sobre la revolución*, (Córdoba, 1885) -su tesis doctoral-, le dan ocasión para mostrarse, en sus respuestas, informado y formado. “Es necesario, decía, que comience a formarse la convicción de que todos los que tienen un pensamiento ilustrado son llamados a levantar el espíritu público a la concepción de la realidad, y esto sólo se consigue apartándose de los odios de partido y estudiando a fondo el alma, la historia y el carácter actual de la sociedad, para dotarla de instituciones jurídicas que cimienten su progreso indefinido”. Esto del progreso indefinido como las afirmaciones que de seguida hace acerca de la influencia que en el desarrollo del derecho tienen la configuración del país y su clima acusan la clara presencia de sus maestros positivistas en general y de Taine en particular. Y perteneciendo y actuando en el movimiento liberal de su época, no se ata a sus peligrosos desvaríos. Siguiendo a Mariano Fragueiro y seguramente ante el escándalo de los halagadores del liberalismo de ocasión dice “la libertad absoluta, en todo orden es libertad para los poderosos que son pocos individuos; y es opresión para los débiles que forman las masas: es protección al capital, favor al rango aristocrático, y restricción para las capacidades demócratas”. Y para terminar, definiendo de una buena vez la intención que dominará sus estudios y las proyecciones que se promete derivarán de estos, agrega que “el blanco de nuestras investigaciones está en descubrir ese carácter peculiar, ese signo evidente –no tan evidente, si se debe descubrirlo- de nuestra cultura propia, interna y externa, además del

estudio de nuestras instituciones vigentes para arrancar de su espíritu todo aquello que armonice con nuestra índole y con los fines a que estamos llamados en el futuro”.

Veamos cuáles son los autores en que González ha formado su concepción de la historia; veamos también, cuáles son los recaudos críticos con que los estudia. Uno de los de mayor predicamento, Macaulay, basta para comprobar de que manera le interesan más las ideas generales que el relato pormenorizado de los hechos. Se observará, además, que al aproximarse al autor no lo hace servilmente. Moviéndose dentro de un sistema refuerza con la lectura sus propias tesis formadas más en el campo de la filosofía que en el de la misma historia. El sentido práctico y utilitario del inglés será desde entonces el que presidirá la concepción de la historia de González. Aunque critica en algunos pasajes el criterio demasiado positivista de Macaulay, acepta y hace suyo el concepto de que la historia de la humanidad es la historia del progreso. Y tal encarna en él este concepto acuñado en plena juventud que 25 años después en *El juicio del siglo* insiste en “la obra interminable del progreso moral” o en la “ley infalible del progreso y la libertad”.

Taine, refiriéndose a Macaulay afirma que “aduce tanteas pruebas, hechos tan ciertos, argumentos tan concluyentes, que el mejor abogado podría tomarle como modelo”. Esta es precisamente la concepción adoptada por González cuando afirma que la historia es un juez severo. Esto constituye lo fundamental del pensamiento historiográfico de aquel. En forma muy acotada lo expresa González en el capítulo *La historia y los historiadores* de su escrito *Un año de historia literaria*. Afirma que la historia es un cuerpo animado en el que se acumulan los hechos humanos y que estos hechos son “la acción de los hombres, de las naciones, de las razas, como entidades dotadas de inteligencia y sentimiento, luchando o armonizándose para su existencia simultánea sobre la tierra, de acuerdo con las leyes de su organización. Hay, por lo tanto, en ella todas las fuerzas e impulsos que mueven al hombre, todas las pasiones, los entusiasmos, los fatalismos de carácter o de clima, los sueños de la imaginación, los cálculos del raciocinio; en una palabra, la historia debe ser humana y el historiador no puede sustraerse a la influencia de las ideas o de las pasiones que forman el fondo más o menos dramático de los sucesos”. Y refiriéndose a Taine en su obra *Los orígenes de la Francia contemporánea* expresa que “siente la acción que describe, sufre con las grandes catástrofes, se indigna contra los grandes crímenes...y saluda con gritos de júbilo las grandes conquistas de la razón y la libertad”. En lo que sigue, González reduce la antinomia arriba apuntada. “Y como al probar su criterio, ha debido adoptar principios

determinados, fijos e invariables, se deduce que las acciones serán juzgadas por él, buenas o perversas, criminales o laudables, erróneas o verdaderas, según que se ajuste o no al molde de su criterio. Cada uno se cree imparcial dentro de la órbita de las doctrinas o creencias, por que combate o que profesa”. También Vicente Fidel López, que había confesado su entusiasmo por Macaulay, había dicho poco antes que “el historiador, lo mismo que el abogado y el médico son siempre parte: parte paciente unas veces y otras triunfadora: indiferente ¡jamás!

No menor fue la influencia de Macaulay, tocante al enfoque de González, en lo que concierne a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Las ideas liberales del primero en la cuestión, se observan en el segundo en afirmaciones como ésta: “la experiencia ha enseñado que el estado no puede tener religión” y que “deduciendo la doctrina de las severas lecciones de la filosofía y la historia, jamás podrá subsistir el orden ni la paz pública mientras hayan gobiernos que protejan una religión determinada o la impongan”. El primero considera al Estado como una asociación laica encargada de velar y proteger a todos los ciudadanos, prescindiendo de consideración de tipo religioso. El segundo, llega a afirmar que “no puede mirarse sino como un delito contra el derecho natural el hecho de que un estado obligara a sus súbditos a abrazar tales ideas o a practicar tales cultos”.

Hemos dicho que González llegó a ser la síntesis armónica de antinomias que supo reducir magistralmente. Sin embargo, a veces, se puede observar en su obra contradicciones evidentes. ¿A qué se deben? Pese al rigor científico del intento, al denso bagaje cultural con que inicia su tarea, a la información a veces menuda y prolija, a su tendencia, en el campo de lo jurídico, que es donde sin duda más cómodamente se movía, a la esquematización y, a pesar de su formación positivista, González llevó dentro de sí una fuerza creadora, en la que radica su originalidad, que no cabía dentro de moldes rígidos ni esquemas apriorísticos. Esta fuerza que es la visión telúrica de la patria, lo sume en tremendas vacilaciones que se traducen en contradicciones evidentes. Y esta fuerza es, en definitiva, la tradición, que para González es la verdadera, la única historia. Si Macaulay le incita a mostrar nuestro pasado en todas sus manifestaciones: glorias e infortunios, lo visible y lo recoleto, el juego de las instituciones y el vivir cotidiano del hombre argentino, la fuerza creadora de la cultura y el atraso y decaimiento que acarrea el analfabetismo, González penetra en ese campo imponderable y vigoroso que es la tradición y la eleva a la categoría rectora de la nacionalidad. Y esto, naturalmente, le aparta de sus modelos y reacciona contra ellos.

En el *Estudio sobre la revolución*, escrito en 1885, comienza a insinuar su tesis sobre la tradición que se perfila, tres años después, en *La tradición nacional*. En el primero reacciona contra lo que pocas páginas antes parecía haber abrazado definitivamente. “Al examinar la filosofía de la historia, decía, y las leyes ocultas que presiden la formación de las nacionalidades, no somos partidarios del fatalismo de la naturaleza, ni de la raza, ni del clima, ni de la revolución” y agrega que ellos tienen un papel importantísimo en los acontecimientos humanos, “pero de ningún modo atribuimos a la causa a cada uno en absoluto, porque negaríamos los principales elementos de la historia: Dios y la libertad humana”. No creo que esto último se compadezca con anteriores posturas positivistas y tampoco pienso que el Dios aludido por González sea una derivación de su en ocasiones atribuido panteísmo. Aunque no lo dice, lo insinúa más adelante: el Dios es el Dios de los cristianos. Afirma que la unidad nacional se realiza en “los elementos naturales y primitivos, físicos o morales de los pueblos, como el país, el clima, la raza, la lengua, la religión, las leyes”. Rechaza la doctrina de Montesquieu en cuanto atribuye al clima, en absoluto, la razón de la historia, aunque acepta, naturalmente, su influencia. Da mayor importancia a la influencia de la raza y, en especial, al lenguaje y a la religión “que son atributos que primero caracterizan al hombre”. Por fin, siguiendo en parte a sus modelos, pero atento a la realidad nacional de su país, González fundamenta su filosofía de la historia diciendo que habrá que buscar ésta “en un principio sintético, que comprenda al hombre por completo y a todos los elementos auxiliares y exteriores de su existencia individual y social; hay que indagar su genio y su organización colectiva, su tradición, sus tendencias naturales para aplicar la ley, mucho más la ley política que tanto se relaciona con el espíritu; pero esa ley debe tener en cuenta sobre todo los factores naturales de territorio, clima, raza, naturaleza, lenguaje; espirituales, como sentimientos, moral, derecho, religión, un principio superior a toda idea humana, que se desprende de la naturaleza divina de la razón, que indica una marcha convergente hacia la unidad, hacia un ideal común, aunque éste es comprendido por cada raza de un modo diverso y sin que esto signifique que las razas han de fundirse en una sola para conseguir éste fin”.

También, en cierto momento, reacciona contra el excesivo utilitarismo de sus maestros y del carácter judicial de la historia tal como parecían haberlo entendido Macaulay y Thiers. Ambos, según González, “consideran muy justo y bueno todo lo que logra un éxito completo, pronto se llegaría a una glorificación de la fuerza, de la violencia externa o interna colocándolas sobre el derecho y la justicia universales, siendo así que

estas dos ideas supremas deben ser la regla de criterio de la historia". Veremos como se conjuga todo lo anterior en la concepción definitiva de la historia en González.

Cuando en 1889 apareció *La tradición nacional*, González envió un ejemplar a Mitre pidiéndole su opinión sobre la obra. Este le contestó y las palabras del historiador eximen la tarea de presentar la obra. Decía que ésta se dividía en tres partes bien diseñadas: 1º la introducción geográfica, histórica, etnográfica e intelectual en la que el autor desarrollaba el drama de la tradición americana en sus enlaces con la tradición argentina; 2º la descripción política y social de la revolución por la independencia y 3º las conclusiones. Sobre la primera parte, decía el general que estaba bien concebida y bellamente expuesta, aunque merecía mayor desarrollo lo que se refería a la "teoría de la evolución de las razas y de la formación de la sociabilidad, que es la base de la teoría de la tradición". Estaba en desacuerdo con la segunda parte y no muy de acuerdo con la tercera. En definitiva, Mitre elogiaba sin reservas los méritos literarios de la obra, pero se negaba a reconocer su valor científico. Años después, Rómulo Carbia al referirse a la obra de González decía que pertenecía más al género literario que al histórico.

De acuerdo a los cánones ortodoxos de la historiografía parecería que las críticas apuntadas a *La tradición nacional* son acertadas. Pero la verdad es que esta obra, la más endeble de las del género histórico de González, a estar por aquellos cánones, encierra una visión integral del espíritu nacional. Esto, es por otra parte, lo que González se había propuesto desde sus primeros escritos históricos. Debe señalarse, en este momento, que la obra que analizamos muestra una estructura totalmente nueva en nuestra historiografía. Por la intención y por el método es distinta a lo conocido hasta entonces e incluso los elementos de información no son los utilizados tradicionalmente.

González trata, en esta obra, de enlazar la tradición con la historia. Otorga a ambas, cada una en su misión específica, igual jerarquía. La primera viene a ser algo así como la historia embellecida con los encantos que el arte le confiere. Arte, desde luego, desprendido de todo afeite académico, nutrido en algo vigoroso y sutil que penetra por los poros del ser nacional. La tradición es la historia que se sabe sin estudios previos, que se da como algo hecho y en forma definitiva; es más fuerte que la historia misma. Su verdad, una vez acuñada, no importa la endeblez científica, se apodera de la conciencia y la domina. Usando sus propias palabras la tradición es una fuerza formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos: "es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de los pueblos que no tienen leyes formales y por esos es un culto, y refleja el genio de la raza que le ha dado

vida". "Un pueblo sin tradiciones de su origen –agregaba- me parece que debe padecer los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido a sus padres". Por eso las naciones que no tienen tradición la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos. Y si Víctor Hugo había dicho que la música es el vapor del arte, González dirá que "la poesía y la tradición legendaria son, en cierto modo, el vapor de la historia".

Señalando cual es el criterio con que aborda su estudio, advierte la diferencia que lo separa de los historiadores de escuela y dice: "Yo vengo sólo siguiendo el desarrollo del sentimiento de mi pueblo a través de las edades y de las vicisitudes de su vida, escuchando sus cantos nativos, admirando sus proezas de valor que perpetuaron en el relato desnudo de análisis y de doctrina; examinando con criterio más bien artístico que filosófico sus creencias y supersticiones, recogiendo, en fin, para fundar mis vagos raciocinios literarios, las palpitaciones del pensamiento de su raza, sus evoluciones, sus glorias íntimas, sus aventuras, sus alegrías y sus dolores, en lo que la fibra nacional fue el elemento de acción".

En el análisis de las fuentes literarias que según González reflejan el genio de los habitantes de nuestras llanuras "donde en otro tiempo resonó la musa popular con acentos penetrados de esa melancolía dulce y apacible de su cielo y de sus horizontes", nuestro autor pone el acento en el Fausto de del Campo y el Santos Vega de Obligado. No olvida las que considera obras maestras en su género y verdaderos poemas nacionales: Martín Fierro, Lázaro y la Fibra Salvaje. De la primera dice que es la obra más completa para conocer a fondo el alma del gaucho pampeano "y su inteligencia aplicada al criterio de los problemas filosóficos, religiosos y sociales de nuestra civilización". Y nos preguntamos: ¿deberá detenerse la historia en la simple comprobación causal de los hechos?. Este hurgar en la conciencia colectiva, en el alma del agente protagónico de la historia, será la tarea más noble a la que deberá entregarse el investigador que desee desentrañar el sentido de la historia.

Al referirse a Santos Vega dice que él es "la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que inundan las campañas, desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra. Estas palabras tan bellamente expresadas encierran tanta verdad como todas las áridas estadísticas y la pedantería científica acumuladas en torno al problema del impacto inmigratorio".



Para terminar con el análisis del método y la intención de González en lo que respecta al estudio de la tradición como fundamento de la historia íntima bastarán unas palabras más. Dice que no es su propósito escribir historia, aún cuando lo hará, “sino acumular los hechos y los principios, los cuadros y los elementos que han de dar el tono a la leyenda nacional de la época”. Su intento consiste en descubrir “la odisea del sentimiento argentino, tanto en los momentos de triunfo de la libertad como en los días oscuros de la anarquía y de la guerra civil”.

No importa que González no alcanzara la meta que se había trazado; aún así, muchos de sus intentos frustrados se presentan revestidos del prestigio que confiere una tarea noble y estimulante. El perseguidor de quimeras no es un vago soñador. Sus experiencias más precoces como las más pensadas esconden recónditas palpitations del alma popular argentina. Tal vez el dibujo sea imperfecto pero el colorido muestra a un artista instintivo. Confiesa que su intento no es hacer historia y sin embargo la hace o por lo menos presenta un rimero de ideas que valen por toda ella. No es, ni mucho menos, historia documental y científica, pero lo que pierde en rigor técnico lo gana en encanto poético y en universalidad filosófica. No es la historia de individuos, de grupos, partidos o instituciones, es mucho más como puede que, para otros, sea mucho menos. Lo cierto que para González la tradición no es postura de lamento de quienes miran con nostalgia el atraso. “La tradición, dice, no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que el pueblo le dedica, expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas”. La tradición vienen a ser así para González “la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino”. No cabe duda que todo esto configura la verdadera historia. Y si cabe consignar la diferencia fundamental –si la hay- que González encuentra entre la historia y la tradición podríamos señalar lo que sigue. La primera es el producto intelectual, razonado de un escritor que ha mirado el pasado a través de su propia personalidad; en la segunda, el autor es el pueblo mismo. Un ejemplo claro de esto lo da al referirse a Facundo Quiroga. Dice que “la tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad; ello ha salvado de la vorágine de aquella época la figura de Facundo, sin que falte un detalle al cuadro que trazaron la imaginación, el terror y la pasión”. Y agrega “sólo ese grande artista que vive en todos los hombres reunidos, y que se llama el pueblo, pudo trazar su retrato ideal sobre el lienzo inapelable de la historia”.

En su larga producción intelectual no se destaca, lo repito, una sólo obra específicamente histórica; no obstante campea a lo largo de toda ella una constante preocupación por la historia. Esta suele constituir, por otra parte, el basamento de sus obras fundamentales. Ya sea que se refiera a la legislación minera, tal su obra *Legislación de minas*, que se inicia con una breve introducción histórica y que muestra el conocimiento menudo de la bibliografía que se refiere a la parte argentina, o estudie un problema constitucional, como en *Sistema y forma de gobierno de la Nación Argentina* o un tema vinculado con el proceso electoral como *La reforma electoral de 1912* o la inmigración en *El Censo Nacional y la Constitución*, observamos de que manera apoya su argumentación en la historia. En el último de los trabajos señalados, cuando parecía que se nos evadía, pues en el transcurso de varios capítulos apenas había rozado el tema histórico comienza su capítulo VII, que trata sobre la legislación nacional sobre extranjeros e inmigración, con estas palabras: “Es hábito académico el que tengo de hacer historia”. En ellas advierte en páginas breves y densas que la rápida reseña de la legislación patria sobre extranjeros desde la época colonial “servirá para demostrar la predestinación de este país a ser lo que es hoy, país de inmigración”, demostrando a su vez su concepción de la historia. Por su posición mental y por su actitud ante la vida, era hombre de acción, la historia, en este caso no podía pasar de una disciplina subordinada. Como positivista que era parecía traducir el pensamiento de Comte cuando éste daba la acepción de positivo como útil. Significa esto, con las mismas palabras de Comte, que el destino de todas nuestras sanas especulaciones deberán ser enderezadas al “mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una estéril curiosidad”. La franca adhesión a estas ideas explican el pragmatismo que en punto a historia muestra González. Y como su posición filosófica agregaba que no era sólo un pensador de gabinete, no podía satisfacerse con la fría enunciación de los episodios históricos como simples antecedentes. Los utiliza como si constituyeran el principio de un camino que él mismo se ha trazado y que lo conducirá a la explicación racional, positiva y práctica del tema principal que lo preocupa. Tema este que a la postre venía a ser como el punto de confluencia de los distintos ramales proyectados desde el pasado.

En *Un año de historia literaria argentina*, el ilustra riojano precisa los alcances de su pragmatismo histórico. Dice que “la historia es el auxiliar más poderoso de la educación política; y así, ella debe adoptar como norma de criterio, aquellos principios que tienden a consolidar la libertad y la constitución, aunque en la apreciación de esos

mismos principios que tiendan a consolidar la libertad y la constitución los historiadores se inclinan al lado por donde marchan y al punto de vista del partido que militan". En esta última parte parece alejarse del modelo Macaulay y de la interpretación vernácula de Vicente Fidel López quién opinaba que el historiador en su trato con los documentos debe limitarse a sacar de ellos "el colorido y el movimiento de los sucesos que se quiere narrar de acuerdo con el partido y con los intereses que cada hecho ha servido, o combatido, en las luchas del pasado". Pasemos ahora brevemente a recordar una acción fundamental en la vida de González y que en gran medida hizo que su obra quedara, en cierta medida relegada, cual fue la creación o nacionalización de la Universidad de La Plata.

A simple vista, la obra de González se limita a la unificación de un esqueleto disperso constituido por diversas instituciones ya existentes, antes de 1905, en la provincia de Buenos Aires. Tal es el caso del Museo, del Observatorio, la Facultad de Agronomía y Veterinaria y de las unidades académicas creadas en el seno de la vieja universidad provincial. A las mismas, las nacionaliza; y se propone crear un nuevo modelo de universidad, de neto corte científico, experimental y cultural, bajo la influencia del pensamiento positivista. Su creación viene a dar respuestas a las necesidades de alta cultura de la provincia de Buenos Aires; objetivo que no era nuevo, pues ya estaba presente en 1889 y en 1897, años en los cuales nacía y se ponía en marcha, la universidad de la provincia.

Sin embargo, la peculiaridad de su obra no descansa exclusivamente aquí, ni se agota únicamente en el modelo universitario propuesto. En forma curiosa, su imagen se proyecta en el tiempo, y su labor como hombre público se torna más apta para hacer una hagiografía que una historia. La discusión en torno al papel desempeñado, ya sea como "nacionalizador" o como "legítimo fundador", más que debate, generaba irritación entre los defensores del segundo aspecto. De todas formas, creo que este no es el aspecto más importante que se debe debatir, sino el espíritu que González le infundió a la Universidad.

Precisamente, siguiendo a Alfredo Palacios nos encontramos con la referencia, en su libro *Espíritu y técnica*, a la manifestación del "espíritu de la Universidad Nacional de La Plata". Aporte exclusivo y fundamental de González que hace posible su designación como Fundador de esta universidad. Palacios, en su carácter de Presidente de esta institución, definía en junio de 1941, cuales eran las responsabilidades que debía asumir esta universidad, como centro generador de ideas, frente a su sociedad. El compromiso se hacía extensible hacia el conjunto de Iberoamérica, tratando de

demostrar los caminos fallidos adoptados por otras sociedades más avanzadas, técnicamente hablando, pero corroídas por el odio y destruidas por la guerra. La ausencia de espíritu, la carencia de ideales, había conducido a Occidente a su muerte inevitable. Cuando en esta fecha, pronuncia su discurso *Misión de la Universidad*, la marea nazi resultaba incontenible. De este modo, la gravedad de los tiempos lo conduce al análisis de la función a desempeñar por la Universidad de cara al presente y en su proyección al futuro. Como resultado de sus reflexiones recupera del pasado al "espíritu de la Universidad de La Plata", no en el sentido de persistir en las viejas experiencias tradicionales, sino al rescate de principios e ideales esbozados por Joaquín V. González, en tanto a su preocupación por modelar al hombre, dándole un ideal, misión suprema de esta universidad. Daba prioridad de este modo al espíritu, por encima de la técnica.

González supo dotar a esta casa de estudios de un "espíritu", encarnado en sus propios ideales, que conforma una especie de núcleo central inalterable, sobre el cual se construye "la Universidad Nueva". En 1919, la Reforma lo impacta pero no lo destruye; por el contrario, resulta absorbido por éste, al cual renueva y fortalece, dotándolo de vigencia a través del tiempo, al incorporarle contenidos democráticos.

La presencia del espíritu universitario no se limita exclusivamente al ámbito institucional, sino por el contrario, lo desborda y se proyecta sobre la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires y desde allí, a través de sus egresados, en el territorio nacional. Sirva este recuerdo como homenaje a ese grande hombre que fue Joaquín González.